

EL ÚLTIMO VERANO (2014)

Dirección, guión y fotografía: Leandro Naranjo.
Intérpretes: Santiago Zapata, Julieta Aiello, Octavio Bertone, Macarena Rovira.

Edición: Leandro Naranjo, Ramiro Sonzini y Martín Campos.

Sonido: Mariela Díaz.

Música: Ayudante Walpen, Basto Fluss, Fonez, La Foca, MCTP, Ultrasuave.

Producción: Nicolás Buede, Leandro Naranjo.

Producción Ejecutiva: Nicolás Buede.

Compañía Productora: Día de Fiesta Cine.



GENERACIÓN DE CAMBIO(S)

Eddy Báez

Una serena y calurosa noche es el marco que delimita el primer largometraje de Leandro Naranjo: *El último verano*. Este es un film que nos cuenta sobre el encuentro fortuito entre Santi (Santiago Zapata) y Juli (Julieta Aiello), dos viejos enamorados que, luego de muchos años sin verse, se topan en una fiesta, donde comenzarán a hablar de ellos y de todo lo que hicieron durante el tiempo que estuvieron separados.

Cubierta por una aparente sencillez, la historia se instaura en la pantalla con una secuencia en la que Santi está volviendo a su casa con un amigo suyo. Este primer desplazamiento dará cuenta del estado anímico que atraviesa el personaje, quien, cansado de que le pregunten sobre sus planes para el futuro, decide que va a hacer “*lo mismo de siempre, pero solo*”. Melancólico porque su novia se ha ido y ha terminado la universidad, él no puede (o no quiere) pensar en lo que vendrá, pero tampoco en su pasado. Este sentimiento tan real de no saber que se está experimentando un cambio profundo es totalmente coherente con el resto del universo que nos presenta el director, donde lo cotidiano y lo posible son parte de un ambiente en el que no hay eventos extraordinarios, sino más bien situaciones azarosas que terminan generando algunos de los desplazamientos que hacen avanzar la trama. Es de esa manera que Santi termina en una fiesta a la que no quería ir y, por un característico apagón de verano, él y sus amigos son obligados a ir al departamento de Juli. Así, Santi y Juli cambian constantemente de lugar, ocupando y copando cada pequeña parte de las locaciones que habitan.

El movimiento señalado crea, entonces, una dinámica que se complementa con las caracterizaciones de los personajes: si la postura de Santi es la de resistencia, como si se encontrase en un estado de ensoñamiento del que lentamente va despertando, la de ella es primordialmente de avance. Por sus constantes intentos de reavivar lo vivido, como si de alguna manera se pudiera recuperar el tiempo perdido, es que ambos personajes se mueven y recuerdan. Una vez ubicados en el departamento, el espacio y el relato se van obturando hasta dejarlos solos en un proceso de lucha, que es también de crecimiento, en el cual el presente se va actualizando a través de los muchos recuerdos que ella aún tiene —literalmente— almacenados.

Entre esos pedazos de pasado está la música que ella elige escuchar con él. Su incidencia en la narración es primordial ya que, mientras nos cuenta lo poco que no se dice, nos recuerda otras historias ya conocidas. Es aquí donde explícitamente se irá develando el jugoso mundo de filiaciones que desde el principio participan de la diégesis de *El último verano*. Un juego de intertextualidad que se vuelve puro gozo en tanto que, como espectadores, somos capaces de reconocer las citas (escenas que “toma prestadas” o bandas de sonido recontextualizadas) extraídas de películas como *Los Paranoicos*, de Gabriel Medina o *Excursiones*, de Ezequiel Acuña. Afortunadamente, la propuesta no se queda en la mera referencialidad o el tributo, sino que se inserta entre los tropos (o momentos comunes) propios del *Mumblecore*, género que contiene y dictamina la construcción formal de la obra. Dicha elección, que expande el árbol cinematográfico del autor hacia otras latitudes, promueve —al igual que Juli— un movimiento de actualización y progreso, pero en otra perspectiva. La operación que lleva a cabo consiste, principalmente, en aprovechar esa filosofía “del hágalo usted mismo” y la improvisación, típicas de este tipo de producción de bajo presupuesto (que justifican también que la película sea filmada en blanco y negro). Junto con esto, su autoconsciente secuencia en el Cinéfilo Bar —el mítico cine club cordobés—, en la que ofrece toda una declaración de intenciones,

gustos y elecciones, logra fracturar el universo íntimo y de escasa referencialidad externa que, según Hoberman, posee la cerrada “Mumblecolonia”.

Curiosamente, al mismo tiempo, estas acciones evaden esa tendencia del cine nacional actual para retratar a la juventud dentro de estructuras narrativas contaminadas de momentos muertos o lagunares. Este modo de representación alcanza su punto cúlmine con los Leones de Jazmín López, donde un grupo de adolescente vacíos, meros cuerpos estériles y estereotipos de clase, deambulan por un territorio “X” carentes de un discurso social, político o cinematográfico. Con menos recursos estilísticos y con la conciencia de que se es parte de un grupo, en este film se expresan sentimientos, ideologías y una cosmovisión del mundo bien definidas. Al final, al igual que los personajes, los espectadores somos capaces de mirar plenamente el futuro y preguntarnos: ¿qué pasará entre ellos? Pero, sobre todo, con la cinematografía de Lea Naranjo.

BIBLIOGRAFÍA

Domínguez, J. M. y Marín, P. (eds.) (2012). Underworld U.S.A.: El cine independiente americano por J. Hoberman. Buenos Aires: Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires.

Eddy Báez Salas

Es estudiante del último año de la Licenciatura en Artes Combinadas de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como crítica e investigadora de cine en diferentes espacios.

Contacto: eddybaez@gmail.com